

LAS GRANDES ANTINOMIAS DE LA HISTORIA

I

ESTE trabajo aspira a destacar las antinomias fundamentales de la historia del hombre, a saber: la que de un lado ocurre entre la cultura y la barbarie y, la que del otro, surge entre la civilización y el salvajismo. Nos parece que jamás como al presente es tan urgente la necesidad de despejar el contenido significativo de las referidas antinomias. Queremos adelantar, sin embargo, que más que con la actitud del historiador filosófico, nos lanzamos a la tarea expositiva con la determinación de posibilitar las bases y los materiales que susciten en la mente del educador adecuadas soluciones a los problemas que a continuación se implican.

En seguida hemos de aclarar que no se trata de contradicciones falsas al estilo de la que, para solaz de intelectuales formados en la dogmática materialista del *Kraft und Stoff* hichneriano,¹ presentaba Draper como el conflicto absoluto de

¹ Sir William Cecil Dampier, *Historia de la ciencia y de sus relaciones con la filosofía y la religión*. Madrid, Aguilar, 1950, p. 436.

la religión tradicional frente a la nueva ciencia en las páginas de un libro que tuvo su hora de fama durante el siglo pasado, pero que afortunadamente ya nadie lee de puro obsoleto y desacreditado. Porque aparte de que varias encuestas realizadas a través de aquella centuria en los pueblos de la Europa continental e Inglaterra,² demostraban que la mayoría de los científicos de primera línea se hallaba compuesta por creyentes sinceros que no veían incompatibilidad alguna en ser hombres de ciencia y de religión al mismo tiempo, los acontecimientos del siglo xx desmienten igualmente la existencia de un conflicto entre la *fides* religiosa y la *ratio* científica. De manera que hoy sabemos que no sólo no es posible vivir sin fe, sino que entendemos, además, que una creencia robusta garantiza el desarrollo de la ciencia. Y que a su vez, una ciencia sólida facilita el ejercicio inteligente de la religión. Pues la verdad es una, y ese carácter unitario de lo verdadero, las vuelve altamente compatibles.³

Creemos que aquí se trata de contradicciones auténticas, y las pruebas que aportamos se encargarán de confirmar que no incurrimos en el error de Draper al oponer los vocablos señalados en nuestro párrafo inicial. Convencidos empero de que apenas ofrecemos los rasgos esenciales del argumento, es de esperar que algún día un intelecto mejor dotado que el nuestro y con mayor dominio de la fenomenología en vuelta, barajará más eficazmente los datos, y nos dará lo que precisamente supone el esfuerzo de comprensión: una filosofía de la historia superior a las que actualmente están en boga.⁴

II

Invirtiendo la relación original, examinemos primero la

² Ver Leonel Franca, *La crisis del mundo moderno*, 2 vols., Buenos Aires, Editora Cultura, 1944, 11 p. 96 y sgts., para los pormenores de tales encuestas.

³ William M. Agar, *The Dilemma of Science*. Nueva York, Sheed and Ward, 1941, discute estos asuntos y arriba a idéntica conclusión.

⁴ En una de las últimas aportaciones al fascinante tema, J. G. Beus, *El futuro de Occidente*. Madrid, Aguilar, 1955, las justifica y las usa como tantos *points diappui*. Pero las versiones de Danilevsky, Spengler y Toynbee todavía nos dejan perplejos e insatisfechos.

antinomia de civilización y salvajismo. Comenzaremos recordando que la civilización es un estado en que el hombre aparece organizado en sociedad política, dentro de la cual vive o, más bien, convive y actúa de acuerdo con un código de leyes o de normas jurídicas que, al ser aceptadas regularmente, crean la paz civil que hace estable y seguro el desenvolvimiento de las personas y sus posesiones. Así descrita, la civilización indica autoridad y gobierno, orden y armonía en una vasta escala demográfica y territorial. Pero más que de eso, la vida civilizada habla de libertad y derecho, de respeto y justicia.⁵

De lo anterior deducimos que “civilizado” es quien observa y cumple las leyes de su comunidad, sometiendo voluntad y movimientos, pasiones y deseos a algo que se coloca por encima de ellos. Ser civilizado equivale a individuo de conducta normada y racional en cualquier momento y lugar: dentro o fuera de casa, en la calle y la iglesia, el teatro y la oficina, el parque y la escuela; durante las grandes o las pequeñas ocasiones.⁶ Civilizado es aquel que sabe controlarse y ajustar la brega diaria a las prescripciones del juego social, comportándose con los demás semejantes —chicos y adultos, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, conocidos y extraños— como quisiera que el prójimo se comportara con él. Ser civilizado es endosar una disciplina de consideración y decencia que permite evitar las alteraciones de los deberes y las obligaciones vigentes, a fin de que prevalezca la concordia de los espíritus.⁷ Es civilizado, en suma, el que obra por las vías del amor y la caridad, rehusando los métodos del odio y de la ira que antes que unir y edificar, destruyen y aislan.⁸

⁵ Para una explicación más amplia, véanse nuestros “Apuntes sobre qué es civilización”, *El Mundo*, 31 de octubre de 1959.

⁶ Ordinariamente, se es civilizado en trato y comercio con los otros. Pero cabe también serlo, aun estando solo. Ya que la soledad no suprime la ley. Al menos, la moral y divina.

⁷ Trivialidades como el andar, vestir y mirar, realizadas bajo ciertas condiciones, pueden alterar esa concordia. Puede no alterarla demasiado la comisión del delito *per se*. Con lo que nos referimos a la criminalidad normal, no a la que por su brutalidad excede las medidas del código y, naturalmente, nos horroriza.

⁸ Que así es, en efecto, lo ha venido probando durante tres mil años (‘Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquileo; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos’) *La Ilíada* de Homero.

Ahora bien: el estado de civilización no surge de golpe. Es fruto de un lento destilar de milenios y, específicamente, del ocaso de la prehistoria, de eso que los textos llaman “el paso a la historia”.⁹ Pues de hecho, la existencia civilizada no podía salir a flote en cualquier momento dado, o bajo una situación cultural inferior. Sino cuando la cultura prehistórica resultaba bastante apta y madura. Para que surgiera aquélla era necesario que varias de las formas de ésta le prestaran toda una serie de auxilios causales. Era de rigor, por ejemplo, que la cultura religiosa hubiera cuajado la noción de Dios como Legislador Supremo, y descubierto las virtudes de recta fe, confianza, veracidad, honradez, compasión y equidad que pusieran a funcionar la estructura civilizada, sirviéndole de aglutinadores. Por otra parte, se requería que la cultura moral alcanzara un grado elevado de conciencia responsable, y que luego de captar los conceptos de bien y de mal, lograra anudar la idea de vida pacífica con lo bueno y la idea de desorden con lo malo. De aceptarse el esquema suscrito por Sieber y Mueller,¹⁰ la cultura económica—después de remontar los círculos de avance primario— se hallaría en posición de aportar los fundamentos materiales de la civilización. Finalmente, se necesitaba que la cultura mental fuera capaz de orientar a los hombres sobre la conveniencia de la unión, y hasta de facilitar la redacción de un código legal que los comprometiera.¹¹

En la etapa del salvajismo la humanidad se nos revela

⁹ Para el caso, Luis Pericot, “Antigüedad” en *Polis; historia universal*, Barcelona, Editorial Teide, 1956, p. 23. Desde que es el hombre genera cultura, que predicamos tanto de la prehistoria como de la historia. Pero a éstas las separa el dato central de la civilización que inicia a la segunda, y es coexistensiva con ella. Por eso, es ilógico aludir (J. Vicens Vives, *Atlas de historia universal*. Barcelona, Teide, 1957, p. 1) a ‘civilizaciones neolíticas’.

¹⁰ Ver Sylvester A. Sieber y Franz H. Mueller, *The Social Life of Primitive Man*, San Luis, B. Herder Book Co., 1941.

¹¹ Usualmente se declara, Miguel Enguñadano “El documento, ventana del pasado”, *La Torre*, VII (Julio-Septiembre 1959), pp. 93-107, que con la escritura empieza a ser la historia. En puridad, empieza con la base política de la existencia civilizada. La escritura es anterior y, para que ella pueda contar lo que sucede, se exige que los hechos ocurran en un continuo ordenado, y eso es lo que proporciona la civilización. No va, pues, descarriado Theodor Haecker cuando afirma, *El cristiano y la historia*, Madrid, Ediciones Rialp, 1954, p. 56, que la ‘historia es, en sentido primario, historia política, y sólo en segundo o tercer orden historia de la cultura o de la economía o de cualquier otra cosa.

disgregada e informe, carente de integración social. Priva entonces lo individual egoísta; la colectividad no existe, o es mera sombra del instinto de asociación política de que discurre Aristóteles.¹² Sin llegar al extremo del *homo homini lupus* de Hobbes que tanto repugna a la sensibilidad idealista,¹³ es innegable que regía la escena el grosero desenfreno de las costumbres, y una situación de guerra crónica que vedaba la manifestación constructiva del derecho y la justicia.¹⁴ Porque no hay que ir lejos para percatarse de que más que desnudo o ligero de ropas, el hombre estaba desnudo de ley trascendente.¹⁵

Expuesto el cuadro general, resta aseverar que el salvaje es el que opera a impulso de una voluntad que siendo ley en sí misma, ignora los principios normativos. El suyo es el imperio de la libertad absoluta, del capricho irresponsable y del venir en ganas descontrolado. De ahí que el salvaje se vacíe constantemente en actos de fuerza, indelicadeza y violencia.

Pero en última instancia, el salvajismo es el polo opuesto a la civilización debido a que, como diría Chardin, aquel padece las consecuencias de un bajo nivel de cefalización.¹⁶ Para trasponer las mismas, el salvaje necesitará la madurez que sólo confiere el tiempo, amén de las superaciones purgativas que trae la cultura.¹⁷

III

Veamos ahora la contradicción que va de la barbarie a la

¹² Consúltese *Ética Nicomaquea*, versión española y notas de Antonio Gómez Robledo en *Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1954, p. 199.

¹³ M. Berthelot, *Science et libre pensée*, París, Calmann-Lévy, Editores, 1905, p. 149.

¹⁴ Bronislaw Malinowski, "Análisis antropológico de la guerra", *Revista Bimestre Cubana*, XLVIII (Noviembre-Diciembre 1941), p. 332 y sgts.

¹⁵ Cójase de muestra la descripción que Fray Iñigo Abbad y Lasierra, *Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*, San Juan, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1959, pp. 19-30, hace de nuestros indios.

¹⁶ Pierre Teilhard de Chardin, *La aparición del hombre*, Madrid, Ediciones Taurus, 1958, p. 196.

¹⁷ Alfred Weber, *Historia de la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, p. 17.

cultura. Abreviando una disquisición publicada,¹⁸ subrayaremos la tesis de que nada que no esté previamente en la naturaleza del hombre se traduce eventualmente en la cultura. Unión hipostática de cuerpo y alma, la dinámica de tales aspectos determinará una cultura de tipo material y otra de carácter espiritual. Puesto que el hombre es ente de apetitos y necesidades que satisfacer, de talentos y deseos que canalizar, de potencias y facultades que ejercitar, engendrará al hacerlo así, la cultura económica o la física, la cultura refinada o estética de las artes y las letras, y la cultura intelectual de las ciencias y la filosofía. El hombre además se mueve y, al decir de Maeterlinck,¹⁹ esparce sus luces, creando la lengua y la escuela, los vehículos de comunicación y transporte que genéricamente denominamos mesocultura.

Se observará que la cultura crece jerárquicamente. Los distintos sectores no sólo nacen y asumen sus puestos, sino que las partes se agrupan en virtud de tres grandes divisiones: baja, media y alta cultura.²⁰ A pesar de que es una *unitas multiplex*, no debemos olvidar que la cultura equivale a algo más que la suma de las partes.²¹ En eso reside el misterio que muchos han notado, y que quizás no le viene a la cultura de poderes de este mundo.

Epocas hubo (valgan los ejemplos de Aristóteles, Santo Tomás y Erasmo) en que se podía ser absolutamente culto.²² Hoy tales aventuras son imposibles de repetir, y quienes operan como si lo contrario fuera cierto se transforman en los más desagradables pedantes que haya sufrido el género humano. De suerte que debemos resignarnos a dominar una o varias de las zonas de la cultura. Es factible, sin embargo, asomarse al

¹⁸ Intitulada "Notas sobre qué es cultura", *El Mundo*, 11 de abril de 1959.

¹⁹ Maurice Maeterlinck, *La sagesse et la destinée*, Paris, Bibliothèque-Charpentier, 1928, p. 23.

²⁰ Weber, *Historia de la cultura*, p. 17.

²¹ Ruth Benedict, *Patterns of Culture*, Nueva York, A Mentor Book, 1948, p. 43.

²² Véase Christopher Dawson, *Ensayos acerca de la Edad Media*, Madrid, Aguilar, 1956, p. 194, para la opinión particular de Averroes sobre el Estarigita. De otro lado, ha de acentuarse que nadie es absolutamente inculdo. Ya nacemos dentro de una cultura, y hagamos o no por merecerla, de ella bastante se nos pega, aunque permanezcamos analfabetas.

resto del mundo cultural por los caminos de la simpatía y la curiosidad. Únicamente así evitaremos, como señala Snow, que los hombres de letras continúen sin comprender a los científicos, y viceversa.²³

Dicho todo esto, queda por recordar que la cultura (o las culturas escritas con minúscula) se dan sin que las compaÑe la civilización. Pero la civilización jamás emerge en ausencia de la alta cultura que le pertenece materialmente. Por eso es tan fácil asumir al hombre culto en el civilizado, y confundirlos sin advertir la diferencia formal.

Ateniéndonos a los testimonios del pasado, definimos la barbarie como una condición más adelantada que el estadio del salvajismo. Ya que encontramos al hombre sometido a un orden de normatividad jurídica²⁴ que presupone un grado de desarrollo jamás alcanzado por el salvaje. Por ello, la barbarie no contradice radicalmente a la civilización, sino que se opone en cambio a la cultura con mayúscula. Vale decir, a la alta cultura.²⁵ Pues lo que falta al bárbaro es precisamente un nivel cultural que corresponda a su progreso en materia de ley. La barbarie está huérfana, en resumen, de letras y artes, de ciencias y filosofía.

Esto es lo que demuestra la actitud histórica —no simplemente imaginada— de Grecia y Roma. La primera reaccionando frente a Macedonia, y a Filipo el bárbaro.²⁶ La segunda frente a los pueblos germánicos que harán trizas al imperio de los Césares. Grecia menospreciaba a los macedonios que personificaban una combinación equívoca (sistema legal y baja cultura), en tanto que ella ostentaba las plenitudes de la cultura y la civilización. Roma tampoco negará que los germanos sepan

²³ C. P. Snow, "The Conflict of Cultures", *The Saturday Evening Post*, 12 de septiembre de 1959.

²⁴ José Pedro Galvao de Sousa, *O positivismo jurídico e o direito natural*, São Paulo, Empreza Gráfica da Revista dos Tribunais, 1940, p. 29.

²⁵ Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, Nueva York, Oxford University Press, 1947, neca de generoso al incluir en las treinta civilizaciones que estudia la azteca y otras de parecido calibre, y estimamos que por no tomar en cuenta los criterios que aquí se aplican.

²⁶ Luis Rubio Siliceo, *Evolución económica de los pueblos*, México, Imprenta Universitaria, 1953, p. 76; H. G. Wells, *The Outline of History*, 2 vols., Nueva York, Garden City Books, 1949, 1, p. 346.

conducirse de acuerdo con las leyes,²⁷ pero los consideraba “bárbaros” o, lo que es lo mismo, inferiores. Porque distaban mucho de poseer la alta cultura.

Heredera de la brillante tradición grecolatina, bastóle a la Iglesia cristiana enseñar a aquellos pueblos cuanto les faltaba culturalmente para sacarlos de la barbarie, y estructurar con ellos la nueva civilización de la Europa medieval.²⁸

IV

El análisis fuerza la conclusión de que es imposible ser civilizado y salvaje, culto y bárbaro a la vez. De consuno, tanto la historia como la lógica afirman que los términos se repelen. Pero es dable ser culto y salvaje, y hasta muy culto y muy salvaje. Desgraciadamente, estas conexiones abundan en nuestra experiencia de todos los días.

Es, por ejemplo, el miembro del grupo social del que más cortesía y buena crianza aguardamos quien se trueca en estorbo público con su capacidad para alborotar y alterar el sosiego público.²⁹ Es el gran político o el ilustre abogado (encarnaciones por antonomasia de la vida civilizada) que inflado de poder y superioridad, reniega de las virtudes de respeto y compasión, abusando en mil y una formas de ayudantes y subordinados, como si en lugar de personas éstos fueron objetos para descargar la rabia y la mala sangre. Es el músico consagrado y el poeta extraordinario que virtuoso del pentagrama o de la métrica, deja de serlo cuando de las leyes de la decencia y la pulcritud se trata, atropellándolas fácilmente, diz que arrastrado por un temperamento genial. Es el científico de talla y el filósofo de hondo razonar que no obstante la belleza de la teoría o la verdad de la doctrina, se desborda en el exabrupto que

²⁷ Ver Alberto del Castillo, “Medioevo” en *Polis; historia universal*, pp. 125-26, para el origen de la *Lex Visigothorum* y del *Liber Iudiciorum*, o *Fuero Juzgo* español.

²⁸ Christopher Dawson, *Así se hizo Europa; introducción a la historia de la unidad europea*, Buenos Aires, La Espiga de Oro, 1947, p. 101.

²⁹ Véase Mario Guiral Moreno, “Malcriados y descortesés”, *Revista Bimestre Cubana*, XLVIII (Noviembre-Diciembre 1941), pp. 373-91.

ofende y la brutalidad que afea, acusando de tal suerte una evidente incapacidad para armonizar con quienes sostiene comercio social.

Después de lo cual resta acentuar que el ideal está en acoplar el hombre culto al hombre civilizado a los efectos de conseguir un tercer hombre civilizadamente culto. Ciertamente que la empresa es ardua. Porque demanda intenso cultivo y vigilancia sistemática por parte de los que aspiran a desterrar al "eterno salvaje" que desde la prehistoria se halla agazapado en los cuartos internos del alma humana.